

Distr.
RESTRINGIDA

LC/MEX/R.300 (SEM.44/2)
14 de junio de 1991

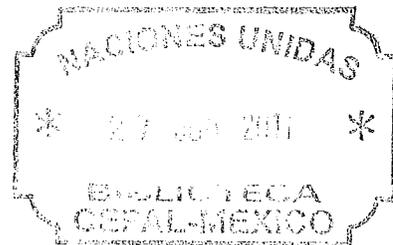
ORIGINAL: ESPAÑOL

C E P A L

Comisión Económica para América Latina y el Caribe

Encuentro Empresarial. Producción de Aceites y
Grasas Comestibles

Tegucigalpa, Honduras, 19 y 20 de junio de 1991



NOTA DE LA SECRETARIA

91-6-87

1. Introducción

La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y el Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE), atendiendo mandatos de los gobiernos, han dedicado esfuerzos, de distinta naturaleza, orientados a definir y promover actividades productivas que impulsen la producción industrial y agrícola de los países miembros del Mercado Común Centroamericano.

Dentro de esos esfuerzos cabe señalar, por una parte, la definición de programas del BCIE que ponen a disposición de los países recursos financieros y asistencia técnica para llevar adelante, en sus diferentes fases, proyectos productivos. Por otra, la CEPAL, en relación muy estrecha con el BCIE, ha venido analizando posibilidades de inversión para ampliar la capacidad productiva del sector agrícola y, al mismo tiempo, ha destinado recursos a la búsqueda de procesos de reconversión industrial.

En este ámbito se han diseñado programas en distintas áreas de acción. El BCIE dispone de una cartera de proyectos productivos cuya realización tendría una fuerte incidencia en la reactivación y el desarrollo de la economía centroamericana. Se trata, en términos generales, de promover inversiones en distintos sectores, complementarios e integrados, de tal forma que influyan de manera positiva en el intercambio regional de materias agrícolas y productos intermedios.

Las distintas instituciones que participan en la integración económica del Istmo Centroamericano procuran unir sus esfuerzos al de los empresarios y productores que buscan posibilidades para invertir sus capitales en el área. Estas inversiones pueden destinarse a la instalación de empresas nuevas así como a las que requieran reactivarse o reconvertirse para participar, con un grado razonable de eficiencia, tanto en el mercado regional como en el internacional.

Dentro de esas posibilidades que tienen inversionistas y productores, se encuentra el proyecto de oleaginosas. En él podrían participar, por una parte, agricultores de distinta capacidad económica como abastecedores de materias primas. Estas se podrían colocar en el propio país de origen y en el resto de los países centroamericanos o en el mercado internacional.

Por otra parte, los industriales tendrían posibilidades de ampliar la capacidad productiva y con ello participar en mercados internacionales,

siempre y cuando lograsen establecer procesos productivos eficientes y competitivos.

2. Situación actual y perspectivas de las oleaginosas y los aceites comestibles

La industria de aceites y grasas comestibles de Centroamérica ha evolucionado con cierto dinamismo desde los años cincuenta gracias al desarrollo de algunos cultivos, principalmente de algodón y palma africana, y al establecimiento de plantas procesadoras en los cinco países.

Durante las décadas de 1960 y 1970, el incremento de la actividad algodonera en Guatemala, El Salvador y Nicaragua permitió que la semilla de algodón fuera la materia prima más utilizada en la producción de aceites, y que incluso se exportara en volúmenes de cierta importancia. Esta situación continuó hasta principios de los años ochenta. A partir de entonces comenzó a deteriorarse la producción de algodón y se ampliaron programas para promover el cultivo de palma africana, que se convirtió así en la oleaginosa de mayor importancia al finalizar el decenio de 1980. La producción de otras oleaginosas, como ajonjolí y maní, se destina a mercados internacionales o se emplea en la elaboración de dulces y otros alimentos.

La industria manufacturera de oleaginosas se instaló en la subregión desde los años cincuenta. Las inversiones en esta rama, para procesar semilla de algodón y otras de hilera, cobraron auge en los años sesenta, y la producción de palma africana, en el decenio de 1970. De esa manera, a la par que se incrementaba la producción de aceites y grasas para consumo humano, crecía también la destinada a elaborar tortas y harinas. Esta última, a su vez, impulsó la producción de alimentos para ganado, la cual contribuyó también al crecimiento del sector pecuario, y en especial a la cría de aves y cerdos y a la producción de leche.

En los años ochenta, la producción anual de oleaginosas se estancó por condiciones adversas en los mercados internacionales del algodón. Esto dio lugar a que en la elaboración de aceite se emplearan otras semillas, principalmente palma africana, y a que cambiara la importancia de las zonas de producción, y llegaran a predominar Costa Rica y Honduras. Ello no bastó, sin embargo, para abastecer de materia prima a la industria del ramo y fue preciso recurrir a importaciones. Los programas para producir otras oleaginosas de hilera, principalmente soya, han tenido resultados positivos

pero insuficientes --por el corto lapso transcurrido desde su inicio-- para compensar el fuerte decremento de la producción de semilla de algodón.

Por otro lado, a principios del decenio de 1980 ya era notable el grado de obsolescencia y deterioro del equipo y la maquinaria. Por consiguiente, se elevaron considerablemente los costos de operación y mantenimiento y disminuyeron los rendimientos. Si bien se realizan inversiones en uno de los países para mejorar la productividad, se requieren aún mayores esfuerzos empresariales a fin de alcanzar la eficiencia requerida para participar en el mercado regional y en terceros países.

El consumo de aceite por habitante en la región ha permanecido estable, si bien se redujo en los países productores de oleaginosas de ciclo anual. En contraste, y con base en el incremento de producción de palma africana, en Honduras y Costa Rica aumentaron el consumo y las exportaciones de este producto.

Pese a que la actividad productora de oleaginosas y aceites vegetales comestibles y sus derivados atraviesa por un grado de estancamiento relativo debido a la crisis generalizada de la economía centroamericana, las perspectivas son favorables en todos los países. Por una parte, han mejorado los precios internacionales del algodón y, lo que es más importante, es posible que den fruto los esfuerzos emprendidos en el área para elevar la eficiencia en la producción de oleaginosas anuales, tales como soya, ajonjolí y girasol, entre otras. También son abundantes los suelos aptos para producir palma africana. En Honduras y Costa Rica ya se ha avanzado en su aprovechamiento, y en Guatemala y Nicaragua se está invirtiendo en plantaciones que en un período corto estarán produciendo.

Por el lado de la demanda, se han analizado en la CEPAL tres perspectivas. La primera supone que se mantendrán los niveles de consumo por habitante de los tres últimos años; en este caso, la demanda ascendería a 326,000 toneladas en el año 2000. La segunda implica que se recuperará el consumo por habitante observado en 1986 en Guatemala (7.6 kg) y El Salvador (5.6 kg), así como en Nicaragua (13 kg) en 1982. De esta forma, se tendría una demanda regional de 420,000 toneladas en el año 2000. La tercera presupone que se incrementará el consumo de los estratos de menores ingresos y se alcanzarán los promedios actuales de Costa Rica y Honduras; la demanda del año 2000 sería de 700,000 toneladas.

Para satisfacer la demanda de la segunda hipótesis, sería necesario incrementar la oferta en unas 200,000 toneladas, para lo cual se requiere alrededor de un millón de toneladas de semilla. A ello podría agregarse la demanda de países vecinos. México, por ejemplo, está importando de Asia aceite de palma africana en cantidades que superan las 100,000 toneladas anuales.

Centroamérica dispone de recursos naturales abundantes y podría producir las materias primas necesarias para procesar aceites que logren satisfacer la demanda regional y colocar excedentes en el exterior.

Quizá cabría realizar los mayores esfuerzos a los empresarios industriales. Estos tendría que dirigirse, en primer lugar, a establecer una capacidad instalada eficiente, que permita abastecer el mercado regional a precios accesibles para los estratos de bajos ingresos y competir en mercados internacionales. En segundo lugar, sería preciso establecer sistemas idóneos de comercialización regional y de ventas en el exterior.

El intercambio de opiniones entre empresarios y productores que se procura en estas reuniones podría contribuir a incrementar la capacidad productiva, sobre todo si se lograran crear vínculos que permitan establecer empresas regionales y efectuar inversiones conjuntas destinadas a elevar el grado de eficiencia requerido.